



HACIA OTRO MUNDO

Héctor Justino Hernández

Lic. en Lengua y Literatura Hispánicas UV, 8º semestre

Desde aquí lo veo todo. La luna surge como un pistón que abre las montañas. El Valle de México reposa igual que un artefacto destrozado por un gran relojero, manchas de arboledas se interrumpen aquí y allá por campos de cultivo, haciendas y casas de peones. Sobre el ancho Camino Real, un autodirigible modelo Franklin intenta ganar velocidad a baja altura. Algunos objetos caen desde la cabina de transporte: lastre que sus tripulantes arrojan en un intento por ir más rápido y extraviar a su perseguidor. Detrás, un chorro de vapor sale disparado desde la chimenea de una monocicleta, cuyo motor esférico, ubicado a las espaldas del conductor, y enorme rueda –dentro de la que va su tripulante, inmóvil, en un logro de la ingeniería y la cinética– lo hacen parecer, bajo el resplandor de la luna, una especie de monstruoso caracol cobrizo. La persecución corre pareja y el poco terreno que el perseguidor gana, lo pierde conforme el autodirigible consigue ligereza y logra elevarse.

He visto tantas persecuciones como ésta que ya no es necesario anticiparme demasiado. Espero desde aquí arriba a que se acerquen, deben hacerlo, es necesario que el autodirigible soporte la distancia que nos separa, de otra forma no podré engancharme a la cabina y saltar hasta la plataforma de la popa. En otro tiempo, los monociclistas no eran tan abundantes y no se acercaban tanto al valle; viajaban a lo

largo de las provincias, robando a los mercaderes extranjeros y, a veces, a los peones de las haciendas. Pero desde la llegada de don Porfirio, tras la muerte prematura de Juárez bajo la armada de autómatas del derrocado Emperador, todo este lugar se convirtió en un páramo, en un caos inmenso: monociclistas, piratas aéreos, ladrones mecánicos y bandas de evadidos eran cada vez más osados y se acercaban a la ciudad, protegida apenas por un ejército mal organizado de harapientos.

No puedo pensar por más tiempo, el autodirigible está a tiro, pasa cerca del terraplén donde me hallo, rozando las ramas de espliego y hierba santa. Me ciño la cuerda y lanzo el gancho que se enreda en la superficie de un barandal. Activo el mecanismo que está conectado al aparato de mi espalda; hace un ruido como de relojería y, a continuación, me arrastra con el impulso de la tensión generada. La experiencia acomoda mi cuerpo en el aire para caer dentro de la cesta del autodirigible, sin que la fuerza me impulse demasiado y corra peligro de caer treinta metros por la borda, hasta una muerte casi segura. Aterrizo con esfuerzo, trato de regular mi respiración para no fallar, afianzo mis botas en la superficie del transporte y desengancho la cuerda.

Me acerco tanto como puedo al barandal de la popa y extraigo de un bolsillo la red imantada que, si bien no detendrá para siempre al monociclista, averiará la rueda, por lo menos hasta que el sujeto consiga destrabarla del mecanismo que transporta la hulla desde el compartimento a la caldera. Alzo la mano, pero una orden me ataja. Una mujer aparece en el quicio de la puerta que se interna en la canasta transportadora del autodirigible, viste a la usanza europea y trae un arma en las manos. La reconozco y, antes de que ella me alcance y me diga la razón por la cual quiere que me detenga, también me reconoce. Sabe quién soy y que nuestro encuentro, a pesar de no presentarse en las mejores condiciones, iba a ocurrir de todas formas cuando ella arribara a la Ciudad de México. No continúa y, por su postura, entiendo que me deja hacer lo que pretendo. No dejo que su presencia me amedrente, aunque sé que después lo hará. Lanzó la red, que se extiende gracias al mecanismo de tracción, hace una parábola en el aire, hacia arriba, y cae sobre el Camino Real. Dentro de pocos instantes, la monocicleta pasará por ahí, avanzará diez o quince metros y luego se detendrá por completo una vez enredada la red en el mecanismo locomotor.

Me giro:

—Laura Méndez Lefort —le digo—. Perdón, de Cuenca, no pensaba encontrarla por aquí.

—Ni yo a usted, señor Acuña.

Me dispongo a pasar una larga noche en compañía de los recuerdos que ahora se han vuelto carne, a tocar de nuevo los restos de un amor expirado, pero cuya marca permanece indeleble en el suelo de mis recuerdos, como una mancha de ceniza que deja una hoguera consumida hasta sus entrañas. A mi espalda escucho, cada vez más lejos, el sonido del mecanismo de la monocicleta, el gruñido que hace el esfuerzo de sus engranes en tensión y la exhalación de una bocanada de vapor que sale expulsada de su caldera hacia el rutilante cielo nocturno.